

Introducción

Carlos Sambricio

Hace más de treinta años Miguel Artola, en un importante trabajo sobre la reconstrucción de San Sebastián -tras su destrucción por los ingleses en 1813-, daba a conocer, por primera vez, el debate que se produjo entre el arquitecto encargado de trazar los planos de la nueva población y los propietarios del suelo, quienes veían cómo tal proyecto trastocaba el valor de sus propiedades. Frente a la idea de estos últimos de mantener la trama existente, el arquitecto proponía un modelo de ciudad distinto, y en defensa de su Plan, el arquitecto --junto con un conjunto de ciudadanos notables- recurría a la Academia de San Fernando argumentando las ventajas de su propuesta frente a la defendida por los propietarios del suelo, y como argumento definitivo señalaba que «una ciudad se construye una vez, y para miles de años».

«Una vez, y para miles de años.» Evidentemente el sueño ilustrado caracterizaba aquel trazado, la imagen de una ciudad donde lo público y lo privado se definían desde una nueva valoración, donde todas y cada una de las manzanas existentes se dividían en lotes idénticos y donde la Plaza Mayor, ahora octogonal y concebida a una escala superior a la anterior, se entendía como Agora y en la que situaba servicios y dotaciones colectivas tan novedosas --frente a la vieja ciudad- como Ayuntamiento, biblioteca, carnicería..., todos ellos con idéntico tratamiento defachadas y todos ellos con idéntica asignación de parcela.

Paralelamente a la singularidad del trazado de Ugartemendia existía en su propuesta una crítica (un rechazo) a la manera de valorar la vieja ciudad, a su trazado y valoración de la antigua plaza, a la división de las parcelas, al hecho mismo de la concentración del suelo y la aparición de grandes palacios, la ubicación de los equipamientos. Pero esta crítica, lejos de explicitarse, quedaba diluida en una propuesta donde primaba la originalidad de un nuevo trazado frente al análisis de lo existente.

Podría argumentarse —con razón, por otra parte— que las propuestas renacentistas de ciudades ideales o que las utopías desarrolladas durante el barroco o en los primeros momentos del XIX se definieron siempre de dicho modo. Por ello, cuando a finales del XIX se formula el sueño de abandonar la Metrópolis y recuperar el modelo perdido de ciudad medieval —cuando en Alemania, Francia, Italia, Inglaterra o España se desarrolla lo que en la cultura germánica se definió como el Heimatschutzsbewegung o «Movimiento para la defensa de la patria local»-, ocurre que por primera vez el urbanista —utilizando ya el concepto poco antes inventado por Ildefonso Cerdá— estudia la ciudad del pasado, analiza sus características, se preocupa por comprender cuál fue su trazado, cuál el sentido de la calle, cuál la división en parcelas y cómo recuperar el espacio colectivo. En un momento en que se entiende que la ciudad moderna (la ciudad resultado de aplicar la cuadrícula) no es «espontánea», mientras que la ciudad medieval sí lo es, el diseño de la nueva ciudad (de su Ensanche o de su Extrarradio) evidentemente mirará al pasado, máxime cuando en esos momentos se critica --desde una burguesía temerosa de perder sus antiguos privilegios-, como efecto negativo de la fuerte emigración que padecen las ciudades, el hecho de que el nuevo proletariado carezca de cultura urbana, de que carezca de «memoria colectiva».

El nacimiento de la historia urbana no puede dissociarse de los importantes crecimientos demográficos que experimentaron las ciudades europeas (principalmente alemanas) entre 1880 y 1910. En momentos en que la propiedad pública se hace cargo de la parcelación, en que el mecanismo de crecimiento de ciudades no sólo implica producción de suelo, sino también, y además, la capacidad del privado

por llevar a cabo las indicaciones establecidas en el plano, la nueva ciudad liberal buscará en la historia no tanto un modelo cuanto una referencia, un modo de reflexión.

En un momento en que el urbanismo todavía se entiende como «construcción artística de ciudades», cuando se señala que «una de las causas que más contribuyen a destacar la belleza de las aglomeraciones urbanas es la particularidad de su trazado, que les presta una individualidad, un ambiente característico», el estudio de las ciudades del pasado deja de plantearse desde la erudición —deja de ser «historia de ciudades»— para analizar el trazado de las plazas históricas, debatir dónde y cómo se debe situar una estatua en un espacio abierto, cuestionar el trazado de las calles o criticar los trazados de ciudades a damero, puesto que era «ridículo aplicar una trama indiferenciada en un terreno que presenta, las más de las veces, problemas topográficos».

En muy pocos años entonces, en apenas cincuenta, la historia urbana adquiere identidad propia como disciplina y, lo que es más importante, se desarrolla asumiendo un importante número de planteamientos y visiones distintas: se inician las primeras grandes exposiciones; se comparan no sólo los trazados, sino también la situación en la que viven tanto las grandes metrópolis como los pequeños núcleos rurales; se estudian problemas de configuración de los lotes y división en manzanas; se analiza cuál fue en cada momento la política de equipamientos, cuáles los mecanismos de acceso a la vivienda, cómo se entiende en cada momento del pasado el espacio público, qué fue el espacio colectivo, qué significa el monumento en la ciudad, cuál la relación de la ciudad con su periferia, cuál la zonificación definida y cómo evoluciona su política de transportes, su relación con el medio... y en pocos años los historiadores, arquitectos, urbanistas, economistas, sociólogos, geógrafos, ingenieros, comprenden el hecho vivo que fue la ciudad del pasado y valoran la idea de «memoria colectiva» que definió Bernouilly en los años veinte.

En la historia urbana española, los nombres de Lampérez, Torres Balbás, Manuel de Terán, Chueca, Cervera Vera, Bonet, Fernando Terán u Horacio Capel han sido claves y determinantes. Ellos abrieron, en su día, el nuevo camino y marcaron ---cada uno desde posiciones

bien distintas- posibles vías de desarrollo. Por ello, publicar ahora en Ayer un número dedicado a la historia urbana tiene sentido. Desde también distintas posiciones Juan Luis Piñón, Profesor de Urbanismo en la Escuela de Arquitectura de Valencia; Fernando de Terán, Profesor en la de Madrid; el colectivo integrado por Juan Luis Oyón, Francisco Javier Montclús y Manuel Guardia, de la Escuela de Arquitectura del Vallés; Alfonso Alvarez Mora, Profesor en la Escuela de Valladolid, y yo mismo, de la Escuela de Madrid, hemos buscado definir un estado de la cuestión y, sobre todo, hemos intentado aproximar una reflexión a un lector especializado en la historia, pero, por lo general, ajeno al tema.